

Semana santa en Sevilla. Por Stephen bonsal.

La avutarda vuela rumbo a la ciudad que, según dicen, Hércules construyó, para maravilla de todo el mundo.

El frío levante, causante de que el invierno en Sevilla sea tan intenso, aunque breve, ha desaparecido tras el aguacero y cuando las oscuras nubes, que parecen darse cuenta de su volubilidad, se alejan dispersadas por los suaves céfiros del Sur, se puede apreciar que, de la noche a la mañana, los árboles, antes tan desnudos, han echado brotes e incluso han florecido. La brisa trae consigo una bendita carga de fragancias y el suave aliento de la primavera y el bálsamo del jazmín, la madreselva y el azahar, impregnan mi patio y hacen de él un paraíso.

Afuera, en la *plazuela*, la pequeña plaza a la que se asoma mi patio y que parecía tan triste durante la apacible tormenta equinoccial, se oye, primero tímidamente, luego con atrevimiento, el tintineo de una guitarra. El frío silencio, el repiqueteo de las gruesas y cristalinas gotas de lluvia, dan paso a una dulce canción sobre la estación en ciernes.

En la plazuela, a la que se asoma nuestro enrejado patio, los vecinos traen diariamente las primeras flores que crecen en sus jardines como ofrenda al Ángel de la Guarda del lugar. Tras una pintoresca y antigua reja, en una hornacina muy por encima del alcance del no creyente, Nuestra Señora de la Canción ha sido adorada durante siglos por los habitantes de este tranquilo lugar. Hay cientos de leyendas que narran las gracias y los milagros que la Virgen de la Canción ha derramado sobre su pueblo fiel, y no hay un tendero o arriero en toda Sevilla que no sepa contar la historia de Nuestra Misericordiosa Señora, y de cómo, tras la derrota en la batalla del Guadalete, cuando las hordas de los sarracenos inundaron el país como una gigantesca ola, los habitantes de esta

plazuela, llenos de pavor y recelo, ocultaron la sagrada imagen en un hueco de la pared, a la espera de que amanecieran día más propicios.

Cualquier muchacho de la calle le contará, adornando el relato con su gracia andaluza, que cuando los orgullosos paladines de la Reconquista entraron cabalgando por las estrechas calles de la ciudad ya purificada, sus corceles de guerra se arrodillaron, y ni el acero ni las amenazas consiguieron hacer que pasaran ante el sagrado lugar donde Nuestra Señora yacía emparedada. Le relatarán cómo los orgullosos paladines quedaron maravillados y sus corazones consternados, cuando aquella pared tembló y se estremeció como si se resistiera a alguna fuerza mística atrapada en su interior hasta que, por fin, las grandes piedras cayeron al suelo, mostrando ante los asombrados testigos la imagen de Nuestra Señora de la Canción, que durante largos siglos había permanecido preservada de la contaminación de los sarracenos. Y le dirán que las guirnaldas y las coronas de flores con que aquellos góticos cristianos, en su devota desesperación, la habían engalanado, estaban aún frescas y fragantes y que las lágrimas derramadas el día de aquel triste entierro brillaban como una diadema de perlas alrededor de su frente el día de su Resurrección. Por eso, Nuestra Señora de la Canción es la protectora de la plazuela, y las primeras flores de la primavera son para ella.

También aquí, en la oscuridad de la noche, cuando el sereno ha encendido la pequeña lámpara, cuyo aceite aportan los vecinos de sus escasas reservas, Nuestra Señora escucha pacientemente muchas oraciones y más de una petición que nadie se atrevería a hacer ni al mayor de los Santos o ni tan siquiera pronunciar en la más grandiosa de las Capillas o frente a un Sagrario.

También aquí, en esta dulce tierra de María Santísima, es costumbre que el noctámbulo trovador le dedique a Nuestra Señora unos delicados acordes, implorando su ayuda en la aventura de esta noche. Nada sino el afán de aventura sobrevive en las almas del Don Juan Tenorio de hoy en día. Por ello, es bueno buscar la bendición de Nuestra Señora, ya que hay escarpadas paredes que escalar y árboles traidores a los que confiarse, antes de alcanzar la azotea, donde, con corazón tembloroso y ojos preocupados, alguien agazapado espera la llegada del trovador.

Sí; la primavera ha llegado, pues los burros de Villaverde asoman sus narices a través de la reja del patio y con ojos suplicantes ruegan que alguien les compre la carga de flores escarlatas que portan. Y los turistas, que con sus cámaras, destruyen todo el encanto, se asoman, agolpándose en la plazuela y toman furtivamente fotos de nuestro patio.

¡Pobres! están maravillados, y escuchamos sus alabanzas cantadas en diversas lenguas, y sin embargo, sólo es nuestro primoroso patio lo que ven, la antesala del paraíso que está fuera de su alcance. El patio, no es más que un gran sepulcro de mármol blanco, en el que una fuente se escucha suavemente durante todo el día y donde los plataneros se alinean en horribles cajas verdes, de forma precisa, como un desfile de granaderos prusianos.

Pero el verdadero patio, lugar de placer y reposo, se esconde tras la alfombra morisca, coronada por la provocativa y sonriente estatua del sátiro que don Vicente encontró en las ruinas romanas de Itálica, y que él modestamente atribuye a Fideas o Praxíteles.

Dentro, florece un jardín exuberante, una *huerta*, más que un patio, donde Don Vicente y yo tratamos sobre esa maravillosa escuela de filosofía sevillana que Hegel ha pasado por alto,

mientras festejamos a Ceres con higos y vino Manzanilla. En este jardín, me cuenta Don Vicente, descansó Don Gonzalo, y dijo que su espada podría oxidarse. Fue aquí también donde Ponce de León durmió cuarenta años y despertó para ir a buscar en otros climas los años que se le habían escapado mientras soñaba.

Pero a punto he estado de desobedecer lo que está escrito. Sobre el portal de este santuario aún puede leerse una inscripción en la que Ibn-Ibu Mohammed conmina a sus amigos a que de ninguna manera se atrevan a cantar las glorias de su jardín.

Durante días, el tráfico de la ciudad se ha visto entorpecido por caravanas de burros cargados de palmas y hoy por fin ha llegado el día en que celebraremos con pompa la entrada del Hijo del Hombre en Jerusalén.

Hoy es un día señalado en nuestro patio, el gran privilegiado sobre todos los demás que hoy nos observan envidiosos desde la plazuela. Como todos los que viven en nuestro *barrio* saben, al bueno de Don Vicente le unen lazos de homérica amistad con uno de los canónigos de la Catedral, amistad basada en reminiscencias juveniles, que rememoran de maneras muy diversas los sábados por la tarde cuando el sol brilla en el patio. El parlanchín canónigo proclama abiertamente al mundo esta amistad cada Domingo de Ramos, regalando a Don Vicente una palma de la Catedral, aunque se sospecha que don Vicente pertenece a la francmasonería e incluso circula un rumor que asegura que él mismo habría aconsejado a Castelar levantar barricadas y no renunciar a la república sin hacer un disparo.

La procesión de las Palmas

Traer a casa la palma bendecida, constituye en Sevilla una importante ceremonia familiar, con un significado mayor de lo que puede sugerir al observador ocasional. Para empezar, la palma es la corona del árbol familiar y representa la unidad del hogar, así como la concordia entre sus moradores. Hay una rama de olivo en cada habitación y en cada hueco del gran caserón en ruinas en que vivimos. Pero la palma, que ¡ay! este año preside la balaustrada del balcón atada con cintas de luto, representa nuestra profesión de fe y observancia de la Pascua.

Mucho antes de que las campanas de la Giralda nos llamen a la catedral, se saca al patio un gran brasero de bronce con carbón incandescente y, en pocos instantes, la marchita palma que este año tan mal nos ha protegido de la visita del ángel de la muerte, no es más que un puñado de blancas cenizas. Con ella, el recuerdo de un año de sufrimientos y de alegrías desaparece en una blanca humareda. ¡En verdad, es triste que, ambos por igual, deban dejar sus cicatrices!

Mientras que las mujeres bordan llamativas cintas, y con hábiles dedos preparan los alegres lazos con los que la nueva palma se fijará a la terraza, nosotros nos dirigimos a La Catedral para traer a casa triunfantes el cristiano talismán bajo cuya protección viviremos este año. Al poco, accedemos por la Puerta del Perdón al Patio de los Naranjos y, en seguida, nos dejamos llevar por entre las múltiples naves de la Catedral, hasta llegar al Sagrario, donde los más rezagados están confesando. Porque, ¿quién pasaría el sábado de las palmas con la sombra de un pecado sobre su alma? El Templo Mayor está engalanado en memoria de la entrada en Jerusalén. Innumerables *candeleros* gigantes, de gran magnificencia, iluminan el altar, del que dentro de poco, todas las luces serán retiradas. El sol radiante convierte los dorados misales en hojas llameantes. La escena es de una

majestuosa y celestial magnificencia. Sin embargo, uno se estremece al contemplar las inclinadas paredes y las grandes vigas de hierro que, como han dicho grandes arquitectos y constructores, han sido colocadas con un siglo de retraso y nos invade el pensamiento (pensamiento que entristece a los sevillanos) de que este Templo podría pronto convertirse, como el Templo de Jerusalén, en una masa informe de piedra y escombros.

Las grandes palmas se colocan junto al altar, y refulgen como gigantescas gavillas de trigo dorado en el mar de rayos de sol que inundan el coro. Una a una, el venerable cardenal las bendice, y se reparten entre los canónigos, los beneficiados y los acólitos, de acuerdo a su antigüedad. En la mano de cada celebrante hay ahora una de las altas y ondulantes palmas.

No se puede imaginar nada más majestuoso e imponente que esta larga procesión de las palmas doradas, que oscilan y se balancean a cada paso de los canónigos en su viaje alrededor de los lugares sagrados. Esas maravillosas líneas curvas y figuras simétricas en las hojas de las palmeras no son producto de un día. Son el resultado de mucho esmero y de una laboriosa manufactura.

Cuando llega la primavera, las ramas más apropiadas de las grandes palmeras que crecen en el valle de Villaverde son cuidadosamente seleccionadas. Luego, son suavemente atadas con cuerdas de cáñamo cerca del tallo principal, de forma que la savia ascendente no puede entrar en esas ramas. De esta forma, las palmas no crecen verdes, mientras que el hermoso color dorado se hace cada vez más patente. Las palmas así seleccionadas se envían a los diferentes conventos de la ciudad, cada uno de los cuales está obligado a proveer de ellas a la Catedral durante el tiempo pascual. En sus apartados retiros, las monjas entrelazan las palmas dándoles esas extrañas y delicadas formas que, en la distancia,

les dan la apariencia de fantásticos cálices de oro.

La procesión, encabezada por el venerable Cardenal, que se apoya fuertemente sobre su báculo apostólico, desciende ahora los empinados escalones de la basílica. Las calles están enlutadas y miles de personas se han reunido allí para ser testigos del solemne espectáculo. Conforme la Cruz se aproxima (la cual, cuajada de brillantes y de piedras preciosas, parece una columna de fuego), las cabezas se descubren y las rodillas se doblan y así permanecen hasta que el murmullo de las palmas se desvanece en la distancia. Por un momento, parece que el simbólico viaje no será completado por uno de los principales actores. El peso de los años y la carga de sus padecimientos, están a punto de vencerle y durante un instante la procesión se detiene. El venerable prelado se apoya firmemente en el hombro de su coadjutor y agarra la mano de su teólogo. Una sombra melancólica parece nublar sus ojos mientras mira a las multitudes arrodilladas; mientras mira, quizá por última vez en un Domingo de Ramos, la imponente mole gótica en que ha transcurrido su tranquila vida y en la que sus trabajos terrenales se aproximan a su fin. Pero sólo ha sido un momento de debilidad física. Los sagrados emblemas y el murmullo de las palmas avanzan de nuevo, y el cardenal sigue adelante, dispensando su bendición apostólica sobre las multitudes arrodilladas. Una vez completado el simbólico viaje, la procesión entra por la Puerta del Perdón y, bajo los naranjos, cargados de sus frutos de color rojo sangre, se aproxima a la gran Puerta del Sagrario. Las puertas están cerradas y bloqueadas. Uno de los acólitos, el que lleva la Cruz, avanza y golpea tres veces la puerta con el sagrado símbolo. Las grandes puertas son desatracadas y a continuación, la procesión desaparece entre los tortuosos pasillos de la Basílica. La suave brisa revela nuevamente el triunfal mensaje a aquellos que permanecen en el gran patio y

comprendemos que la alegoría de la entrada del Salvador en Jerusalén ha concluido. Los miles de espectadores se dirigen a sus hogares portando triunfalmente sus palmas. La palma de Don Vicente es atada orgullosamente con las brillantes cintas, sobre el portal de nuestro patio, donde por el momento, la sombra de la muerte ha desaparecido.

Las procesiones del Domingo de Ramos

Las imágenes que aparecen en las procesiones de Semana Santa son todas, casi sin excepción, ejemplos de esa maravillosa escuela de escultura en madera por la que la ciudad del Guadalquivir fue famosa durante los siglos XVI y XVII. La labor de este escuela, de la que Hita fue precursor y Roldán y Montañés sus más notables discípulos, se distingue por la técnica con que trabajaban la talla de las vestiduras, conocida por el nombre de *escultura estofada*.

Este año, desfilaron veintiséis *Cofradías* o Hermandades Cristianas, con una media de dos carrozas o *pasos* cada una, representando, entre todas, alguna escena de la más grande y épica tragedia de todos los tiempos, desde el pesebre de Belén al monte Gólgota.

Las procesiones deben comenzar el Domingo de Ramos por la tarde, con la visita de cinco Hermandades a la Catedral. Pero eran más de las ocho de la noche cuando el *Hermano Mayor* de la primera *Cofradía* se presentó ante el Gobernador y el Alcalde, sentados en un estrado delante del Ayuntamiento, para pedir el habitual permiso para pasar. Las oscuras miradas del Señor Alcalde y del gran número de regidores y alguaciles presentes, eran aún más negras que los singulares *capirotos*, o inquisitoriales gorros y capuchas, que los devotos delegados llevaban.

Supimos después que la demora de cuatro horas en la aparición de las procesiones había sido intencionada. Era el modo con que los cofrades querían mostrar su profundo malestar con la conducta del Ayuntamiento, que este año ha sido tan tacaño de asignar tan sólo la escasa suma de tres mil dólares como contribución a los realmente enormes gastos que implican los desfiles para las Hermandades.

Nosotros, que estábamos sentados en la tribuna (un andamiaje que cubre la parte delantera del edificio municipal)

esperábamos ser testigos de un estallido de ira cívica del pobre Alcalde, que llevaba más de cuatro horas esperando con apatía y vestido con su incómodo traje de gala, sentado en su espléndido sillón rojo y dorado. Pero el Alcalde era un hombre sabio. Se había rumoreado que, en caso de que dijese algo, las Hermandades estaban preparadas para desviarse de la carrera oficial una vez pasado el Ayuntamiento, ignorando así a las autoridades civiles, o bien para dar media vuelta y, tranquilamente, escoltar a las sagradas imágenes de vuelta a sus santuarios. Pero, como he dicho, el Alcalde fue inteligente. Sonrió a los delegados de la cofradía y, como felicitándoles por su puntualidad, les dio el permiso requerido. Los impertinentes penitentes le saludaron con arrogancia en reconocimiento a su gentileza y, a continuación, elevando sus enormes cirios de cera, desaparecieron lo más rápido que pudieron entre la multitud, como zigzagueantes estrellas gemelas a las que, de vez en cuando, se veían brillar entre la oscura muchedumbre que se agolpaba en la plaza, hasta que finalmente se perdieron de vista adentrándose en la serpenteante calle por donde las cofradías han de venir.

En otro momento apareció un escuadrón de caballería, abriéndose camino lentamente entre la multitud y dejando un camino abierto para la procesión. Las inmensas multitudes se aplastaban contra las casas como tortillas, pero ni una palabra, ni una queja, surgió de entre los incondicionales espectadores. De repente, en el gran pasillo que los soldados habían abierto con sus espadas, apareció la encapuchada silueta y la revestida figura de un hombre de gran estatura.

Como un sargento prusiano, portaba ante sí con orgullo su enseña: una enorme Cruz de proporciones colosales, con incrustaciones de marfil y concha de tortuga, que reflejaba maravillosamente la luz de miles de velas centelleantes. Flanqueando al portador de la Cruz, a unos pocos

metros detrás de él, venían otros dos de menor estatura, de acuerdo con la menor importancia de los estandartes que portaban. Estos enarbolaban las insignias del Sacro Imperio Romano, de la época en que aún no era Sacro, con las siglas que conquistaron el mundo bordadas en oro sobre ellas: "S.P.Q.R.". A continuación, les seguía el cuerpo principal de cofrades o Nazarenos de la Hermandad: un largo sendero de luz que se pierde en la oscuridad de la sinuosa calle de las Serpes. Durante un rato, intentamos divisar algo sin conseguirlo pero, finalmente, la sagrada imagen emerge de la oscuridad y se muestra ante nuestros ojos. Es como una constelación de pequeñas estrellas, una avalancha de luz y color, avanzando majestuosamente a través de la oscuridad que poco a poco se disipa.

La plataforma, o *Paso*, que porta a la imagen de Nuestra Señora de los Dolores se acerca cada vez más, flotando suavemente como una góndola sobre un mar estival. Pero conforme se acerca, el secreto de la prosaica fuerza motriz, queda al descubierto al escuchar la dificultosa y rítmica respiración de los cuarenta o cincuenta cargadores, que equipados con collares alrededor del cuello y fajados con correas, para fortalecer los músculos de la espalda, cargan fatigosamente con la plataforma y con la imagen, quedando ocultos tras los cortinajes que cuelgan del Paso.

Tal vez sea característico de la indolencia andaluza el que, con todo el orgullo con que procuran que las procesiones de sus imágenes sean un éxito, los hermanos nunca hayan tomado la preciada carga sobre sus propias espaldas. Los cargadores son todos *Gallegos importados* que, en Sevilla, al igual que en cualquier otro lugar de la península, suelen ser los cortadores de leña y los aguadores.

Una vez frente a los dignatarios, que permanecen sentados, uno de los encapuchados Nazarenos golpea tres veces con un gran martillo plateado

sobre la plataforma. Es una señal que a los cargadores no les disgusta oír. La plataforma se detiene y la imagen desciende, como un cisne posándose sobre el suave y mullido seno marino. Sólo al inclinarnos y mirar, podemos ver a los portadores, cubiertos de sudor, tendidos sobre sus vientres, como perros exhaustos, sobre el pavimento irregular de las calles.

Desde que la deslumbrante Cruz apareció ante nuestra vista, atrayendo hacia su espejada superficie los rayos de luz y devolviéndolos en resplandeciente reflexión, todo el mundo se ha quitado el sombrero y permanece de pie.

Más tarde, algunos se arrodillan en oración silenciosa mientras se aproxima Nuestra Señora de los Dolores. En ese momento, se escucha rumor de conversaciones, el objeto de las cuales es -lamento decirlo- el nuevo manto que hoy luce Nuestra Señora luce por primera vez.

Está confeccionado con un magnífico terciopelo adamascado de color azul oscuro, festoneado de encaje y bordado profusamente en oro y plata, con un trazado irregular de gran belleza y peculiaridad. La imagen, atribuida a Roldán, es de gran altura, la cual se ve intensificada por la plataforma elevada sobre la que va colocada, así como por la magnífica corona dorada que lleva y por la aureola que rodea su cabeza. La virgen luce un cinto de oro tachonado de muchas piedras preciosas, y lleva en sus manos, singularmente realistas, un delicado pañuelo encaje, tan transparente y ligero como una tela de araña tejida por hadas.

Es la más preciosa pieza de encaje de la colección de Montpensier y, hasta ahora, había pertenecido a reinas tristes y a príncipes exiliados. Si sólo la mitad de las leyendas que giran en torno a este delicado tejido, el cual ha enjugado las lágrimas de tantos infortunios, son verdaderas, ¡cuántas historias podrían contar!, ¡qué delicados secretos revelaría!

La plataforma sobre la que se coloca la imagen está cubierta por un monte de musgo, del cual brotan las primorosas flores del mes, mientras que alrededor de la misma, por todos lados, en lámparas y candelabros de todas las formas posibles, arden infinidad de velas las cuales, unidas a los cirios de los Nazarenos, inundan la oscura plaza de una luz propia del día más soleado. De su cuello cuelga un gran collar de perlas salvajes, tal vez el botín de alguna exitosa incursión llevada a cabo en épocas pretéritas por algún cacique sevillano en las costas de Berbería. Su pecho brilla como una coraza de estrellas. Sobre él hay rubíes y diamantes, zafiros y esmeraldas, muchos de ellos de gran valor. En su mayor parte, son regalos póstumos de las camareras o vestidoras de la sagrada imagen.

Uno de los cofrades dio la señal de partida (tres cortos y firmes golpes con el martillo de plata). Se oyó el rumor de las sandalias de cáñamo empleadas por los invisibles gallegos y la imagen de Nuestra Señora, con toda la pompa de sus nuevas vestiduras, flotó nuevamente sobre la plaza hacia la oscura y estrecha calle que conduce a la Catedral.

Las sombras se apoderaban de nuevo de la plaza, cuando desde unos de los balcones resonó una invocación a la Virgen de los Dolores, que desaparecía de nuestra vista. Era una flecha, o *saeta*, como se les llama en Sevilla.

La cantante, de voz potente, estaba junto a una enredadera con flores, en el balcón de una de las antiguas y desvencijadas casas que están al otro lado de la plaza, frente al edificio municipal. Su cara era la de una sibila, oscura y misteriosa. Su voz, la de un profeta: estridente, penetrante, y no del todo de este mundo. Uno de sus brazos se elevaba sobre su cabeza, como amenazando con la condenación eterna a los miles de irrespetuosos espectadores que, abajo, fumaban cigarrillos, comían pasteles y debatían sobre el aderezo de las imágenes como

si fueran celebridades teatrales sobre un escenario.

*La Virgen de los Dolores
Siempre la traigo conmigo,
Aquel que no la trajere
No me tenga por amigo.*

El Jueves Santo

En la tarde del Miércoles Santo salieron más de cinco procesiones, y otras tantas el Jueves Santo. Es costumbre pasar la mañana del jueves visitando las Iglesias y Sagrarios, en los cuales las sagradas imágenes son el centro de atención, en espera del ansiado momento de ser llevadas a la Catedral, en cumplimiento de su peregrinación anual.

Normalmente, los fieles acuden primero al Santuario en que se encuentra la imagen y la Cofradía a la que pertenecen, o en la que están más directamente interesados. Posteriormente, sin la menor rigidez en la observancia de la Semana Santa, todos visitan otras seis o siete Iglesias; y lo más normal es que estas sean invariablemente aquellas en las que se instalan las más hermosas y populares imágenes. Allí, entre susurros, tienen lugar animadas conversaciones en las que se comparan los méritos artísticos de la imagen que tienen ante sí, con los de la imagen de su propia parroquia.

Después de las visitas y las peregrinaciones a los Templos, las estaciones del día concluyen con una visita al monumento de la Catedral. Se trata de una *Capilla Ardiente* que representa al Santo Sepulcro. La Capilla se encuentra atestada a causa de una gran procesión de eclesiásticos y de dignatarios civiles que, encabezados por el cardenal y el gobernador en traje de gala, marchan desde el Sagrario al Monumento, a través de los sinuosos pasillos de la Iglesia, llevando en sus manos grandes velas color rojo sangre que desprenden una trémula y sanguinolenta luz que nos recuerda el motivo por el que hoy el mundo se lamenta.

Visita a La Macarena

Fui lo bastante afortunado como para convencer al severo cofrade que montaba guardia de que no era un emisario de los envidiosos *macarenos*

(una Hermandad rival), y que, de hecho, yo también era de su opinión en cuanto a que no existe otra imagen en el mundo como la hermosa y alentadora cara de Nuestra Señora de la Esperanza. De esta forma, se me permitió acceder al sagrado recinto del santuario, y fui testigo de los retoques finales que se estaban dando a Nuestra Señora.

Al entrar en la gris y sombría Iglesia, encontré al selecto consejo de la Cofradía y a su imprescindible equipo de mujeres escudriñando detenidamente la sagrada imagen y su arreglo final, en cuya preparación el Hermano Mayor de la Hermandad y la Hermana Mayor, o Camarera jefe, habían empleado tantas horas de ansiosa reflexión a lo largo del año.

Los ilustres personajes, pasaban la dura prueba con sorprendente compostura, y hacían gala de una indiferencia olímpica frente a la lluvia de sugerencias y críticas que caían sobre su trabajo.

Hubo una sugerencia, propuesta por una joven y bella matrona, que parecía ser bien acogida y que a punto estuvo de llevarse a efecto. Era la siguiente:

- ¿Por qué Nuestra Señora de la Esperanza debía llevar un pañuelo en su mano, como si la Esperanza se hubiera ido al traste y hubiera acabado en llanto?- preguntó la vivaracha Dama, a quien la Hermana Mayor no miraba precisamente con el afecto que dicen que distinguía a los primeros cristianos.

¿Por qué la Virgen de la Esperanza debe llevar un pañuelo de encaje? era la pregunta. Los más jóvenes e inexpertos miembros de la Hermandad se unieron al clamor, orgullosos de haber formulado una pregunta que visiblemente provocó cierta confusión en el Consejo. Al final, vino el archivero al cual se consultó sobre la cuestión.

- ¿Qué por qué Nuestra Señora de la Esperanza lleva un pañuelo?- repitió. - Pues, en primer lugar, porque Nuestro

Señor Don Felipe II de España, en el año 1560, hizo una donación de seiscientos ducados de oro de su propio bolsillo, con los que ordenó que se comprara a Nuestra Señora el pañuelo más delicado que pudiera hallarse en toda Flandes, para que lo llevara por siempre en su peregrinación a la Catedral, y en todas las fiestas y días sagrados-

-Pero, ¿qué iba a hacer nuestra alegre y sonriente Señora de la Esperanza con un pañuelo?- continuó la dama -¿No parece quedar fuera de lugar en su vestuario?-

-¿Y qué debería hacer Nuestra Señora hacer con el pañuelo del Rey?- rugió el anticuario de cara apergaminada. - ¿Qué debería hacer sino limpiar las lágrimas de las mejillas de aquellos que han sucumbido a dioses extraños y acuden a ella desesperados?-

Los componentes del joven y crítico grupo se retiraron, refugiándose durante un rato en los oscuros y sombríos recovecos de la más distante de las capillas; pero pronto regresaron, como si nada, para continuar con sus críticas.

-Hay demasiado *kohl* (un tipo de cosmético empleado para oscurecer los ojos)N.d.T en una de las cejas de Nuestra Señora y el colorete de una de las mejillas hace que la otra parezca pálida y demacrada- afirmaron.

Esta acusación dio pie a un acalorado debate, y el consejo no estaba dispuesto a que se zanjara el asunto simplemente por mayoría de votos sin antes estudiarlo a fondo. El sol poniente llenaba el techo abovedado de la iglesia con un torrente de luz, pero sólo un débil reflejo alcanzaba hasta donde la imagen estaba situada. Se encendieron los cirios colocados sobre el Paso, pero los apagaron inmediatamente, acordando ambas facciones que no hay nada más engañoso que la luz de una vela durante el día.

Así que como último recurso, se trajo una gran escalera, por la que trepó a

un joven y ágil cofrade hasta el techo abovedado y desde allí, usando un espejo dirigió los aún potentes rayos del sol poniente hacia abajo, sobre el rostro vuelto hacia arriba de Nuestra Señora de la Esperanza. Entonces, tras un cuidadoso examen bajo aquella potente luz, el Consejo decidió por unanimidad que una ceja había sido indebidamente oscurecida, pero que los pequeños detalles de colorete que se había dado a las mejillas eran apropiados y quedaban fuera de toda crítica.

-Parece tener auténtico aliento de vida, la tonalidad de la salud misma-, dijo el galante anticuario, besando la mano de la Camarera en señal de felicitación y de halago. Y añadió en voz alta, de forma que todos lo oyeran: -Nadie sabe mejor cómo aplicar artísticamente el colorete que la Hermana Mayor-, ante cuyo elogioso arrebato la hermana mayor sólo parecía moderadamente complacida.

Al anochecer, las grandes puertas de la Iglesia se abren con gran estruendo, similar a la descarga de un cañón. Los monaguillos avanzan, esparciendo espesas oleadas de incienso sobre las sucias calles. Una vez fuera del lodazal de este barrio de casas bajas, la bella imagen es llevada hacia la Catedral, el majestuoso templo principal.

La Madrugá

Ha pasado la medianoche, ya es la mañana del Viernes Santo y no hay un solo hombre, mujer, o niño que duerma en Sevilla. Es como si hubiera salido algún edicto del emperador, y ellos, en obediencia a él, se hubiesen congregado por millares en las grandes plazas y lugares públicos, en la calle de las Sierpes y en la plaza de San Francisco, para ser testigos en decoroso silencio de las extrañas e inusuales visiones que a punto estaban de serles reveladas.

Los cafés están atestados, pero de multitudes reservadas y monosilábicas. Aunque hay conversación, no hay parloteo. Poco a poco, se acalla el estrépito del dominó, porque los jugadores se han quedado dormidos y sus pesadas cabezas descansan sobre las mesas de mármol. Poco a poco, la conversación desaparece por completo; y cuando por fin los camareros, que están cansados de tantos clientes y de tan pocos pedidos, se apresuran en respuesta a un sonido, se dan cuenta de que no era más que el murmullo de un hombre dormido que pedía una cerveza, pero que se despierta para anularla, antes de que el sorprendido camarero se vaya. De hecho, los clientes ahora mismo sólo suspiran por una cama y para estas el propietario del Café no tiene licencia.

El Silencio

Las horas avanzan con alas de plomo. De vez en cuando algún abnegado explorador se aventura a salir para traer noticias de cómo va la noche, de las condiciones climatológicas y de si las procesiones salen o no. Y así pasa el tiempo hasta que de repente, a las 3 en punto, el sonido estridente de una saeta resuena a través del café y todos los que dormían, se despiertan de un salto, encasquetándose los sombreros y precipitándose hacia la puerta todos al mismo tiempo.

El estridente quejido anuncia la llegada de la procesión del Silencio, que se

acerca sigilosamente hacia nosotros. Una aguda voz añiada resuena en la quietud de la madrugada, y canta:

*Mirarlo por donde viene
El mejor de los nacíos,
Trayendo la Cruz a cuestras,
Y el rostro descolorio.*

Una extraña y monótona música medieval llena el aire con un sonido pintoresco, aunque no carente de armonía. Se trata de una marcha fúnebre que fue escrita para esta cofradía hace cuatrocientos años. Además, no puede desfilar al ritmo de ninguna otra más que de esta extraña mezcla de música instrumental, en la cual prevalecen los hoy en día poco comunes sonidos del fagot, el oboe y el clarinete. La música de esta marcha es religiosamente conservada en la Iglesia de San Antonio Abad, donde el organista me contó, mientras yo me ocupaba en transcribirla, que él creía que databa del tiempo de las Cruzadas, aunque, desafortunadamente, esta opinión no estaba basada en datos históricos, sino que se trataba de una mera tradición transmitida de un organista a otro.

Las extrañas expresiones musicales de dolor se diluyen en la distancia al tiempo que la recogida procesión del Silencio desaparece por las tranquilas y fantasmales calles como un sueño que se desvanece.

El Gran Poder

La multitud se encuentra ahora mismo en el punto álgido del entusiasmo, porque, precedido por una gran Cruz de plata repujada, se acerca un paso que despierta más interés general y devoción que ningún otro. Es la cofradía de San Lorenzo, quizá la más rica de todas las Hermandades y seguramente la más aristocrática. Su lista de miembros no es más que la transcripción de los nombres de la nobleza de la provincia.

La primera y más famosa imagen de la Hermandad es la llamada Nuestro Padre, Cristo del Gran Poder. Aunque la Cofradía tiene cientos y cientos de miembros, el culto a esta imagen no sabe de limitaciones por parroquias o distritos, de forma similar al culto que recibe la Virgen del Pilar de Zaragoza.

En Sevilla el Cristo del Gran poder es el más popular y al que más se le reza. La imagen en sí misma es la obra maestra de Montañés, una gran efigie en madera del Hijo del Hombre, inclinado y machacado bajo el peso de la Cruz. Aquí el genio del escultor ha insuflado vida al bloque sin forma y ha convertido la madera en carne y en sangre.

Tras el Cristo del Gran Poder, camina un ejército de penitentes, porque, si hay enfermedades, problemas o dificultades, es a esta imagen a la que se han de ofrecer las promesas, así como la acción de gracias cuando se alcanza el alivio. El ejército de penitentes representa la escena más interesante de las muchas otras que, en secuencia panorámica, se contemplan a lo largo de la procesión.

Algunos de los penitentes parecen pensar que cuanto más ligera sea la carga de sus pecados, menor ha de ser el peso de su penitencia. Son aquellos que, durante el año, hicieron promesa de llevar una vela en honor de su imagen favorita en caso de que algún pequeño interés mundano fuera protegido o de que alguna actividad emprendida prosperase. Éstos, principalmente mujeres, caminan

llevando sus largos y pesados cirios en alto, con apariencia soñolienta y aburrida, y tal vez decididos a ser más cautelosos a la hora de hacer promesas en el futuro.

Pero los verdaderos penitentes —por sus obras los conoceréis— son aquellos que caminan vacilantes por el irregular firme llevando sobre sus hombros pesadas cruces de madera, bajo cuyo peso se tambalean y tropiezan, hasta que finalmente muchos de ellos caen abatidos por el agotamiento. A algunos de los penitentes, cubiertos con sus capuchas y ocultos por sus trajes de Nazareno, les siguen sus ansiosas familias, deseosas de ayudar al cabeza de familia a llevar su pesada carga en los tramos más difíciles. Pero generalmente, esta filial ayuda es resueltamente rechazada. Vi cómo un anciano y débil penitente rechazaba la ayuda de sus hijos, hasta que, finalmente, su agotada naturaleza llegó al límite de su resistencia, desplomándose sobre el suelo a causa de un síncope, teniendo que ser trasladado a su casa sobre una camilla, quedando de esta forma inconcluso su calvario.

Como he dicho, los penitentes van ocultos de manera que los espectadores ociosos no sepan quiénes son los pecadores arrepentidos ni hagan conjeturas sobre cuáles pueden ser sus pecados.

Pero hay una figura que lleva la Cruz más pesada y que camina penosamente con los pies descalzos y encadenados sobre las irregulares piedras, el cual, debido a la extraña y peculiar penitencia que lleva a cabo, no puede disfrutar del mismo anonimato que el resto de sus hermanos penitentes. Parece ser que la auto-impuesta penitencia de los padres de Sevilla, al igual que el peso de sus pecados, debe recaer sobre sus hijos hasta la última generación de su linaje. Esto se puede asegurar, al menos, del joven tambaleante que pasa ante nosotros, el cual es el vigésimo miembro de su estirpe que hace penitencia indirectamente por los

pecados de un antepasado, un personaje célebre del siglo XVI que tenía "el encanto de la belleza" y los ojos de Don Juan Tenorio.

Cuenta la leyenda, que fue capturado por un corsario berberisco y llevado prisionero a Orán, donde, esposado y encadenado, pasó largos y penosos días deseando que llegara su muerte. Pero, mientras penaba desesperadamente en prisión, hizo voto solemne de que, si alguna vez recobraba la libertad, caminaría descalzo, cada *madrugada*, portando humildemente una Cruz, detrás del Cristo del Gran Poder. Y no sólo eso; prometió además que haría del cumplimiento anual de ese voto, una obligación para sus descendientes hasta el fin de los tiempos, estableciendo que, si alguno de sus sucesores varones faltara en su cumplimiento, la parte de heredad que le correspondiera, se destinaría a la fundación de un convento.

No ha habido incumplidores entre los herederos de aquel antiguo galán y, aunque el actual portador del orgulloso apellido se trate de un perfumado *pollo* (un petimetre de la alta sociedad sevillana), tampoco ha vacilado en hacer el sacrificio necesario con tal de mantener el dinero en la familia. Y lamento decir, que mientras se acercaba mansamente, bajo esa apariencia extraña, su aparición divirtió mucho a los otros *pollos* cuya herencia no había llegado hasta ellos bajo esa condición tan desagradable. Y, a la vista de sus amoratados y sangrientos pies, hacían apuestas sobre si sería capaz de presidir el baile del Duque de Alba el próximo lunes de Pascua.

Pero quizás lo más extraño de todo este repertorio de máscaras silenciosas que seguían al Cristo del Gran Poder, era una niña pequeña de unos doce veranos, vestida con su traje de comunión, extraña y fantasmal vestimenta a estas oscuras horas previas al amanecer. Llevaba los ojos vendados y, a diferencia de los Nazarenos con sus capirotos, ella no disponía de la más mínima abertura

por dónde mirar y saber por dónde iba. Llevaba un cáliz dorado en una mano, mientras que con la otra buscaba a tientas y seguía lentamente su camino. De vez en cuando, confundida por el eco de la música, se salía del camino, ahora a la derecha, ahora a la izquierda. Una de las veces, tropezó y se cayó. Cuando se levantó, desorientada, empezó a caminar hacia atrás por donde había venido antes. Los Nazarenos la tomaron de la mano y la orientaron de nuevo en la dirección correcta. La niña, con su blanco traje de comunión simbolizaba a la Fe, la cual es ciega.

Me alejo de la extraña y fantasmal procesión, caminando a la deriva durante una hora por las solitarias y estrechas callejuelas, donde parece que voy dejando huellas sobre el polvo acumulado a lo largo de los siglos y despertando a los duendes y a los espíritus de su sueño secular. Camino hasta que la serena luz de las estrellas palidece ante los brillantes heraldos del nuevo día. Al amanecer, al igual que las sombras se desvanecen ante el cálido aliento del sol, abandono el laberinto de callejuelas y salgo a una plaza en la que una gran multitud se agolpa sobre la entrada de una iglesia.

Entrada de Montesión

La Señora de esta Hermandad está regresando a su templo y sus fieles están ahí para rendirle honores hasta el final. Con sumo cuidado y circunspección el paso es introducido en la iglesia y las multitudes, que no pueden entrar, despiden con espontáneas muestras de cariño a su amada imagen hasta el año próximo. Afortunadamente, me han empujado a la primera fila, y contemplo con curiosidad las oscuras naves de la iglesia entre las que la imagen desaparece, cuando de repente dos de los encapuchados hermanos me agarran con fuerza, uno de cada lado, me empujan hacia adelante y las puertas se cierran tras de mí. Miro con ansia a mi alrededor y al ver esas extrañas caras ocultas y coronadas por las altas e inquisitoriales caperuzas, me vienen a la mente las imágenes de Jiménez y Torquemada y siento por primera vez que me separa poca distancia del martirio.

Afortunadamente, los amables cofrades me devuelven a la realidad antes de que mis cabellos encanezcan. Son amigos, hemos estado cazando avutardas durante días. Habían leído la curiosidad en mis ojos y me habían empujado hacia adentro, para que pudiera satisfacerla. Advertido de que sería muy desagradable para todos que fuera descubierto por el Hermano Mayor, me escondí tras los pilares de piedra y así puede ser testigo de las ceremonias finales del regreso a casa. Poco a poco la imagen es llevada en su paso entre las oscuras naves, donde la dorada luz de la mañana arroja sus cada vez más intensos rayos. La procesión se detiene ante una gran reja de hierro. Se escuchan por última vez los tres golpes del mazo plateado y la plataforma se posa suavemente sobre el suelo. Los cofrades se congregan formando un semicírculo y se arrodillan en devota adoración. Miro más allá de ellos y, al observar con curiosidad a través de la reja de hierro, retrocedo algo sorprendido y, por qué no decirlo, también asombrado. Me froto los ojos y vuelvo a mirar. No

puedo estar equivocado. Allí, detrás de la reja, arrodilladas sobre unas gradas y mirando con ojos de firme devoción a la Virgen, que ha sido devuelta sin contratiempos para que la custodien, rezan unas sesenta monjas con el hábito blanco de la orden cisterciense, cuyo convento colinda con esta iglesia de Montesión.

Una vez concluida la oración, el hermano mayor se acerca a la reja y a través de los barrotes hace entrega a la Priora de la corona de oro y joyas incrustadas que seis horas antes ellas habían colocado en manos de la Cofradía para embellecer la imagen de Nuestra Señora en este su día. Y a continuación, con una mirada nostálgica a la imagen, por cuyo retorno han estado rezando tenazmente a lo largo de toda la noche, las monjas se levantan, y silenciosamente se retiran a sus claustros, llevando con ellas la preciada corona, y cantando el Stabat Mater mientras se marchan.

Tras unos minutos, abandono las sombras de la fría Iglesia y me siento reconfortado al sentir la agradable calidez de la soleada plaza, sin darme cuenta de que he interrumpido el encuentro de dos enamorados. Ella es una chica alta, esbelta, de grandes ojos y grandes mechones de cabello espeso cayéndole sobre sus hombros. Él es un guapo *labrador* o agricultor, que ha venido a la ciudad para las fiestas que comienzan mañana y se ha detenido a ofrecer su sincera -aunque impropia del momento- serenata, antes de marcharse a su posada.

No les importa que yo esté en la plaza ni la mitad que a mí, y el joven trovador canta mientras atrapa la rosa del pelo que ella le arroja.

*Cuando toquen a gloria
Las campanitas,
Prometo despertarte
Si estas dormida.*

Pero ella está despierta y lo espera con la luz del amor en sus ojos.

Los Oficios del Viernes Santo. El Miserere.

Esta noche La Basílica está iluminada únicamente por seis grandes velas: débiles faros en apuros, que parecen estar a punto de hundirse en el inmenso mar de sombras que crecen. El altar mayor parece abandonado y vacío y todo el brillante esplendor ha desaparecido.

A su derecha, sin embargo, hay una Cruz que soporta las imágenes de los doce apóstoles. Sobre la cabeza de cada imagen, una delgada vela emite un fino haz de luz, que lucha inútilmente contra la cada vez más profunda oscuridad.

A lo largo de las numerosas capillas y oscuros escondrijos, una gran multitud de fieles yacen tendidos sobre el suelo, rendidos por el cansancio, mientras esperan el canto del Miserere. El austero canto que surge de la penumbra del coro no está suavizado por la dulzura de una voz de mujer y chirría en nuestros oídos al tiempo que produce escalofríos en el corazón.

Pero este lúgubre canto no se prolonga indefinidamente. Al concluir cada verso, una oscura nube pasa frente a una de las velas que coronan las imágenes que hay sobre la Cruz. Cuando esa nube pasa, la vela deja de arder. Y ahora, con débil y parpadeante luz, sólo queda una encendida.

El último verso de este oscuro cántico parece interminable. El canto está afinado en el más profundo tono de aflicción humana y, entre los fieles, algunas de las trastornadas mujeres sollozan convulsivamente mientras sus ojos buscan entre la oscuridad a la luz del mundo que está siendo derrotada por la creciente oscuridad.

Terminó el canto y la última vela vacila, parpadea y parece estar también a punto de extinguirse entre las sombras. Pero no; una mano invisible la sujeta firmemente y, atravesando una de las naves, la traslada hasta la Sacristía, dejando

tras de sí una estela de luz amarillenta. Tapada cuidadosamente, esta luz se conservará encendida tras el altar hasta el momento de la Resurrección, cuando todas las velas de la Catedral habrán de ser encendidas por medio del fuego sagrado que parecía consumirse, pero que habrá permanecido vivo en el Sanctasanctórum.

Un grito de terror recae ahora sobre nuestros oídos, y las angustiadas mujeres se levantan del suelo de un salto abrazándose unas a otras con extrema desesperación. Desde el coro llega un sonido similar al de un rayo, reverberando a través del bosque de columnas de mármol y grandes arcos de granito. Entonces sobreviene un gran y elocuente silencio, a través del cual nos parece escuchar el estribillo del cántico: "¡Oh Jerusalén, vuélvete a tu Dios!". Un sentimiento similar al miedo se apodera de la multitud, que se arrodilla entre las sombras, atónita y sin palabras. Tras desvanecerse el sonido del trueno (cuyo modo de realizarse constituye un secreto eclesiástico) sobreviene una pausa y se nos concede un respiro durante el cual comprendemos la espectacular majestuosidad de la escena.

Fatigados por sus largas vigiliias, sus ayunos y sus muchas visitas a los sagrarios, los fieles, con una actitud de cansancio similar a la muerte, se tienden sobre las frías tumbas de reyes hace tiempo olvidados, posando sus desesperanzados ojos sobre los altares y las capillas, en las que reina una oscuridad impenetrable. La evidente desesperación de la multitud no hubiera sido mayor ni aunque los antiguos reyes vándalos llamaran a sus puertas o la peste negra devastara sus hogares y tuvieran que huir a los altares y lugares santos, buscando un rayo de esperanza o una promesa de salvación que los sacara del mar de sombras que estaba a punto de engullir el mundo.

Entonces, se produjo un incidente, tan extraño, tan llamativo y tan imprevisto, que se hablará de él en

Sevilla en los años que están por venir, cuando los miles que se apoyaban sobre las lápidas esa noche en el oscuro Sagrario hayan todos desaparecido de la faz de la tierra.

Las sombras han ido haciéndose cada vez más cortas, y los rayos de luz que desprende la plateada luna han ido creciendo en longitud, en amplitud y en brillo. Entonces, las sombras desaparecieron todas de golpe, como por arte de magia, todas salvo una, producida por una gran Cruz que hay afuera, en las almenas de la fortaleza-catedral.

Lentamente, la sombra adquirió la forma del símbolo sagrado, y entonces, cuando la luna se elevó un poco más y las nubes se interpusieron, desapareció. Pocos se habían fijado antes en esta Cruz y nadie sabe por qué el arquitecto de esta gran mole de piedra, cuyo nombre sigue siendo desconocido hoy en día, la colocaría allí, una Cruz entre tantas. Pero aquellos que presenciaron la emotiva escena, la alegría de las multitudes al arrodillarse ante aquella señal de gracia, supieron que no se había colocado allí en vano, y que esta noche, tras siglos de inactividad, esta Cruz cumplió su misión.

El delicado sonido de una dulce música se propaga suavemente desde una de las lejanas capillas y lentamente el Sagrario se llena con los suaves ecos de voces angelicales. La primera y nítida nota pertenece a una voz de mujer, una soprano de sonora voz. Miramos y vemos la alzada y suplicante cara de una Magdalena. Y entonces, llega la tragedia: un fortísimo y devastador sonido, como una tormenta de verano soplando sobre un paisaje tropical, inclinando las copas de los árboles y despojando a los prados de sus flores. Se escucha un gran sonido atronador, como si la voz de los cielos presagiara alguna catástrofe mundial; y luego sigue un penetrante lamento de desesperación que parece que nunca dejará de rebotar de arco a arco, de capilla a capilla, y que al final, sin

embargo, se desvanece en un suspiro de absoluta desesperanza.

Hay otra pausa, y entonces una suave y agradable melodía, de volumen ascendente, recorre la gran mole sombría y desciende sobre los fieles con la gracia de una bendición. Habla de arroyos fluyendo, de pájaros cantando y parece llenar con la dulce fragancia de las flores, la tétrica atmósfera que, finalmente y, a regañadientes, también se desvanece en un suspiro que ya no es un grito de la desesperación, sino un respiro de alivio y de esperanza renovada. Los millares de devotos se levantan lentamente y, en silencio, abandonan el edificio. La señal de la Cruz aún está sobre ellos.

Sábado de Gloria.

El sábado por la mañana, a las 10 en punto, el velo que ha ocultado el altar se rasga con gran dramatismo y tras él, aparece el gran cuadro del Descendimiento de la Cruz (de Pedro de Campaña). El tintineo de las campanillas en los coros y las capillas, dan la señal y a ellas le sigue, un momento después, el estruendoso sonido de las Campanas de la Giralda, que han tañido tan tristemente durante los días de dolor. Pero ahora repican alegremente, anunciando la buena nueva de la Resurrección. Al momento, toda Sevilla se despoja de su aflicción y se muestra tal y como es: la vieja ciudad alegre y confiada. En todos los templos se hacen ofrendas, en todos los monasterios se escucha el Hosanna triunfal de los monjes, en todos los conventos las agudas voces de las monjas entonan el Aleluya: La Cuaresma ha terminado.

Volvemos del evento social de esta semana, porque, ¡Ay! , incluso la alegre y perezosa Sevilla tiene sus eventos sociales, que deben ser atendidos. Se trata del *Tablado*, o inspección de los negros toros que, con gran pompa y ceremonia y al precio del rescate de un Rey, serán sacrificados mañana por los más célebres matadores del reino.

Aunque en Sevilla falte el dinero para comprar pan, siempre hay lo suficiente, incluso en el erario del pobre, para pagar el coste de la corrida de toros. Todo buen cristiano de Sevilla debe asistir a la corrida de Pascua de Resurrección, incluso si, como sucede no pocas veces, para ello tiene que empeñar sus ídolos familiares e imágenes sagradas.

Para resarcirnos del aburrimiento, de regreso a casa, entramos en un jardín gitano, (Un patio de vecinos) donde, junto a enredaderas de jazmín y madre selvas, las muchachas gaditanas se entretienen bailando, como lo hacían en los días del poeta Marcial. Penthelusa es tan flexible y elegante

hoy como cuando, en épocas remotas, sedujo a Pompeyo con su sutil danza, cuyas bellezas y gracias cantó Marcial hace siglos en sus clásicos escritos.

Los hoteleros de Sevilla tienen generalmente mucho cuidado en llevar a sus clientes sólo a los jardines donde se ejecutan versiones censuradas del baile.

Yo recomiendo a aquellos que crean poder "tolerarlos", las versiones arcaicas que, hoy en día, aún bailan espontáneamente, tal y como eran en tiempos de los Césares, muchachas de piernas gráciles, encantadoras de corazones y *flamencas* de piel morena y mejillas suaves como melocotones madurados al sol.

En sus ojos oscuros y brillantes se puede leer con claridad, como en letra de imprenta, la historia de las penas y alegrías vividas a lo largo de mil años. Bailan con la gracia de las huríes, el desenfreno de las ménades o de las ninfas antes de ser espiadas por Acteón.

Cuando el baile ha acabado y el momento de locura ha pasado, cubren sus pies con chales para que no pueda apreciarse su exquisitez mientras se retiran serias y tristes del alegre corro y se sientan durante horas bajo los plataneros, canturreando suavemente alguna copla triste en la tortuosa lengua de los gitanos.

Pero ahora ha llegado el momento más genuinamente delicioso y placentero del día: el de atreverse a pasear durante media hora por el barrio de Santa Cruz al atardecer y tratar luego de encontrar el camino de vuelta antes de medianoche.

Es el barrio más antiguo o, en todo caso, el que mejor ha conservado las características de la ciudad morisca y medieval.

Llevo una hora caminando a través del laberinto de callejuelas, por el que una carretilla no podría transitar con facilidad. La clara luz de las estrellas

me hace confiar en mi capacidad de orientación, así es que continúo hasta llegar al escenario de las legendarias bacanales de Don Juan Tenorio, así como de su conversión y muerte.

Camino por la estrecha Calle de la Vida hasta que bruscamente se Cruza con la Calle de la Muerte, y luego continúo hasta la plaza del Ataúd. Empiezo a sentir cansancio de estas solitarias callejuelas para las que la soledad de los desiertos sería ruidosa compañía, cuando de repente una puerta de hierro de la que no me había percatado, se abre de repente como por resorte y dos monaguillos, portando grandes velas encendidas irrumpen delante de mí como empujados por una catapulta mágica.

A ellos les sigue un reluciente palio bordado en oro y plata, portado por cuatro acólitos. Bajo él, camina el sacerdote, llevando el Santísimo Sacramento y los sagrados óleos para ungir a una moribunda. La puerta es la entrada posterior de la iglesia y tras el sacerdote, camina un joven obrero, cubierto de polvo debido a su trabajo y acalorado por la rapidez con que ha venido a traer la noticia sobre el lugar en que la llama de la vida se está extinguiendo.

Él y el sacristán, balanceando su farolillo rojo, indican el camino a través del laberinto. Accedemos finalmente a una plazuela donde respiramos con más libertad y hacemos una pausa antes de sumergirnos de nuevo en los recónditos y estrechos callejones que el sacristán y el portador de las malas noticias conocen tan bien como las letras del alfabeto.

Cuando estamos a punto de continuar, un carruaje real irrumpe en la silenciosa plazuela, que ahora retumba con el estrépito de los cascos de los caballos y el tintineo de cadenas.

Oigo decir con voz baja "Alto" a las dos reales ocupantes del carruaje (a quienes, horas antes, había visto admirando los toros), y los briosos caballos son detenidos con inusual

severidad. Antes de que al sorprendido lacayo le dé tiempo a abrirles la puerta, la mujer que en su día llevó corona terrenal, y la otra, que pudo haberla llevado, ya han descendido del carruaje y conversan en voz baja con el sacerdote.

Ellas han ofrecido su carruaje real para transportar el Santísimo Sacramento hasta el hogar de la moribunda. Pero el mensajero de la muerte sonríe entre sus lágrimas; el carruaje nunca podría llegar hasta el *corral* o casa de vecindad donde vive. Algunas calles son tan estrechas que incluso una corpulenta mula tendría dificultades para acceder a ellas. Yo esperaba entonces que las reales mujeres desistirían, pero no; el sacristán les hace una reverencia, les entrega unos candiles y ambas se unen también a la comitiva formada por el sacerdote y los dolientes familiares.

Marchamos en silencio durante un minuto o dos a través de las calles, tan estrechas ahora, que, mirando hacia arriba, no se pueden ver las estrellas. Finalmente, nos detenemos ante un gran portal, blasonado con las armas de una famosa familia, cuya casa se ha convertido ahora en corral de vecinos.

El sereno espera, de rodillas, la llegada del sacerdote. Dentro, nos encontramos con un gran jardín abandonado, más que con el patio de una vivienda. Las flores crecen salvajemente, con gran profusión, y unas parras ocultan de la vista la fea panorámica. Conforme entramos, innumerables pájaros se balancean en sus jaulas, deslumbrados y cegados por la luz de las velas. Creen que la luz del día les ha sorprendido en su sueño, y después de unos cuantos gorjeos soñolientos comienzan a entonar su canto matutino.

El sacerdote sube por un tramo de escalera desvencijada. Sólo el sacristán le precede con el farolillo rojo y luego se retira. Durante un momento, permanece solo con la moribunda; al poco, vuelve a aparecer por la puerta. La confesión debe haber

sido corta, ¿o acaso la feliz pecadora habrá perdido la conciencia y el recuerdo del pecado?

El sacerdote aparece en el balcón y nos hace señas para que nos acerquemos. El deudo, el sereno, los curiosos mendigos de la calle, los humildes habitantes de la vivienda y las mujeres de real linaje, todos suben reverentemente por las destartaladas escaleras y caen de rodillas en presencia de la muerte y rezan por el eterno descanso del alma que está a punto de partir, mientras que el sacerdote bendice el cuerpo moribundo ungiéndolo con los sagrados óleos.

Abajo, en el jardín, donde permanezco, hay un lecho de flores compuesto de rosas y claveles, mejor preparadas y cuidadas que las del resto del jardín. Entendí por qué, cuando vi junto a ellas, en una oquedad de un árbol de albaricoque, la imagen de la Virgen de la Victoria, a quien los jardineros rezaban. Supe que las frutas y las flores de este jardín estaban dedicadas al culto de Nuestra Señora.

Una mujer está arrodillada y llora amargamente ante la imagen. Al rato se acerca a mí y me cuenta, con la franqueza propia del pueblo, que la que allá arriba agoniza, sobre la que se vierten todas esas extrañas palabras en latín, es su hermana.

-¿Sabe usted?-, me dijo agarrando mi brazo convulsivamente. -Cuando Santa Catalina empezó a repicar a Gloria, nos pusimos a bailar y a cantar alegremente junto a la enredadera de la madre selva; bailábamos como locas, porque no habíamos bailado ni una sola vez durante toda la Cuaresma. De repente, cayó, y un torrente rojo fluyó de su boca. Señor, amigo, ¿cree Vd. que mi hermana morirá en pecado mortal? El amor a la vida estaba en sus ojos, cuando le llegó la muerte.-

Domingo de Resurrección

Pasé la mañana de Pascua en el mirador de la Giralda, la antigua torre-vigía morisca, hasta la que ascienden las oleadas de incienso provenientes de la gran Misa Pontifical que hoy se celebra allá abajo, en La Catedral.

Subo los por sinuosos pasadizos que nos hablan del Al-Mansour, el conquistador del mundo del Islam y de Don Juan de Austria, su emulador cristiano. Quisiera también subir cabalgando, al igual que hicieron estos grandes hombres, sobre un corcel revestido de acero y, en la cumbre, a medio camino entre el cielo y la tierra, soñar despierto, como ellos hicieron, o adorar la gloria del sol naciente y hacer de ello el emblema de mi vida.

Aunque quizás sea mejor evitar las comparaciones. Un pequeño rey, el séptimo de los Fernandos, cabalgó hasta aquí llevando grandes penachos de plumas y brillante armadura y los cronistas castellanos, a quienes no les gusta decir cosas desdeñosas sobre sus reyes, no pudieron abstenerse de señalar que Fernando VII parecía bastante ridículo y fuera de lugar.

Por un instante, me parece estar leyendo una página del libro de la vida, al evocar la imagen con la que el cronista árabe describe al conquistador del mundo, de pie y en soledad, bajo el gran tejado de la torre, en comunión con su Dios, mientras que allá abajo, los caciques baten sus armas en el tribunal de perdón y los fieles afuera imploran que se ponga en pie y siga adelante; que no debe haber pausa en la tarea del conquistador desde que sale el sol hasta que se pone.

Y recuerdo un lugar desolado junto a Salé, al Sur de la costa de Berbería, a orillas de un río estancado que el mar ha amurallado con barreras de arena. Allí había un pequeño montículo sobre el que una vez se alzó una humilde mezquita, que desapareció hace mucho tiempo.

Los pastores que viven cerca no prestan demasiada atención a este montón de basura. Para ellos no es más que la tumba de un morabito. Hay muchas tumbas de morabitos en Marruecos; algunas, más espléndidas, que merecen ser contempladas antes que ésta.

Pero de vez en cuando llega hasta este desolado lugar alguna caravana de nómadas bereberes y comprueban, por los archivos de su tribu, encuadrados en piel de oveja, que siempre llevan consigo y por los cálculos astronómicos que realizan, que allí yace enterrado su otrora conquistador Al-Mansour, el señor del mundo.

De vez en cuando, entre el fresco y verde follaje de los árboles que hay a lo largo del Guadalquivir, se muestra luminosamente ante nuestros ojos el funeral de la muchacha que ayer murió.

Brillando luminosamente (porque las sevillanas visten colores alegres, desde la cuna hasta la tumba), el ataúd de la muchacha bailarina está cubierto con franjas de color rojo y amarillo y va coronado por una gran palma que indica a todo el que pasa, que aquella que llevan en hombros a la corte de la paz, era una doncella, una rosa que no llegó a florecer, cortada antes de tiempo.

Alegres cintas y serpentinas ondean suavemente tras el cortejo fúnebre. Los escasos asistentes las sujetan con sus manos, y en la distancia parecen unirse formando una alegre cinta alrededor de la carroza fúnebre.

Hacia ellos llega por el puente un orgulloso *picador*, de rojo, amarillo y oro; es el radiante heraldo de la bravura, de la que se hace alarde en la corrida de Pascua de Resurrección.

Uno a uno, los afligidos dolientes, abandonan el cortejo y, persignándose, se unen a otra multitud más alegre, a un animadísimo gentío,

que inunda de gran colorido las avenidas que conducen a la plaza de toros.

Seguimos el cortejo fúnebre un trecho del río más allá de las murallas de la ciudad, hasta el cementerio, que el Guadalquivir inunda cada primavera y donde las rosas, como las flores de Paestum, florecen dos o tres veces al año.

Entonces, también nosotros regresamos a la ciudad, donde, al igual que el resto de los afligidos deudos, somos arrastrados por las grandes multitudes que se apresuran al lugar del sacrificio.

Y también nos unimos a las expresiones de admiración cuando Penthelusa, la hermana de la bailarina de Marcial, así como de la bailarina que es conducida hoy a la tumba, se echa abajo de su carro, enderezando su mantilla blanca y arreglándose los pliegues de su magnífico *pañuelo*, bordado en las lejanas Filipinas, y se une a sus amigos de *afición*, al grito de:

"¡Ole, Viva mi Tierra!"

(La tierra de María Santísima)